

# EL PORVENIR DEL OBRERO

## La Revolución Rusa (1)

### El movimiento agrario en Georgia

Antes de relatar los sucesos del movimiento agrario de los campesinos georgianos, será útil dar á los lectores algunas nociones sobre el país y la nación.

La Georgia ocupa la vertiente sur de la gran cadena de montañas del Cáucaso. Tiene en el mar Negro los puertos de Batonen, Poti y Soukhom. Su capital, Tiflis, está situada en mitad del istmo transcaucasiano. El terreno es fértil, poblado de bosques y tan rico en vegetación como en diferentes minerales. País montañoso y pintoresco, habitado por una nación homogénea que cuenta en sus diez provincias dos millones de habitantes, de religión ortodoxa griega en su mayoría, elevándose el número de católicos romanos y musulmanes á unos cien mil.

La Georgia, uno de los más antiguos reinos cristianos, conservó su independencia nacional hasta el comienzo del pasado siglo, y fué anexionada voluntariamente á la Rusia (1801) por un tratado internacional que garantizaba á la nación georgiana la autonomía completa de su administración interior, comprendiendo la instrucción, el culto, la moneda, la justicia y el ejército nacional. Hasta mitad del siglo este tratado fué más ó menos observado. Pero después de sofocada la revolución polaca (1863-64) y del aniquilamiento de las diversas poblaciones independientes de Circasia, el gobierno ruso inauguró una política de rusificación á todo trance. Ya no se trataba solamente de autonomía, sino que hasta la lengua nacional fué prohibida y los hijos de los campesinos venían obligados á aprender la lengua rusa, es decir, á no aprender nada, á permanecer ignorantes... y esto es precisamente lo que el gobierno quería.

Como era de esperar, esta política, á la vez pérfida y brutal, no tardó en provocar un descontento general, y sobre todo de los campesinos, entre los cuales la instrucción en lengua nacional se propagó con bastante rapidez, á pesar de los esfuerzos del gobierno. Los campesinos empezaron á leer y en muchas provincias se crearon bibliotecas en las aldeas por cuenta de los campesinos mismos. El gobierno cerró estas bibliotecas. El descontento aumentó. Además de esto, los campesinos georgianos, como sus hermanos rusos y polacos, sufrían la falta de tierras, el peso de los impuestos, el despotismo de una administración brutal y una burocracia militar, corrompida.

Es muy natural que, desde el comienzo del movimiento obrero y agrario en Rusia, los campesinos y obreros georgianos se uniesen á sus hermanos rusos. Las manifestacio-

nes muchas veces sangrientas y las huelgas parciales y generales se hicieron frecuentes, tomando parte en ellas, cada vez más numerosas, las masas de las ciudades tanto como las de los campos.

Aquí debo hacer constar que los campesinos georgianos no cesan de repetir, desde el comienzo del movimiento agrario, que obran en completa solidaridad con sus hermanos rusos y que sus reivindicaciones son idénticas. Y esto es verdad, porque en todas partes los campesinos se esfuerzan por convertir la tierra y los bosques en bienes comunales, declarando que los bienes del Estado, de la nobleza y de los otros propietarios deben ser restituidos á la nación y administrados por las comunas autónomas.

Gracias á esta solidaridad, no tiene el movimiento georgiano carácter separatista y nacionalista. La nación reclama solamente una administración y una legislación autónomas, así como la justicia y la instrucción pública en lengua georgiana.

Lo que caracteriza este movimiento, además de su intensidad, es el acuerdo unánime de los campesinos. Comenzado hace dos años en la provincia de Guria, se propagó por todo el país y entre los habitantes de todas las nacionalidades. Armenios, griegos, turcos, circasianos, hacen causa comun. El odio de religión y de nacionalidad, tan hábilmente explotado por el gobierno en las otras provincias, no existe en Georgia. Una vez más, vemos ahí desaparecer las antiguas discordias ante la igualdad económica, la libertad individual y comunal. La iniciativa de esa igualdad ha sido tomada por los georgianos. En todas las aldeas los campesinos al formular sus aspiraciones no se olvidan de añadir: «Reclamamos también por nuestros hermanos armenios y musulmanes y obramos en plena solidaridad con nuestros hermanos rusos que el gobierno llama rebeldes.»

Sus reivindicaciones son formuladas en todas partes en estos ó parecidos términos: «Queremos: 1.º, que la tierra entera sea socializada, ó que al menos los campesinos sean reconocidos propietarios de las tierras que cultivan como medianeros; 2.º, que los impuestos sean votados por la población misma ó por sus representantes; 3.º, que la administración y la justicia local sean electivas y responsables ante los electores; 4.º, que la duración de la jornada de trabajo sea de ocho horas; 5.º, que la instrucción primaria sea laica y obligatoria hasta los trece años; 6.º, que sea reconocida la libertad de reunión, de conciencia, de la prensa y de las bibliotecas; 7.º, que toda distinción de clase ó de religión sea abolida.»

Sin esperar que el gobierno cediese á sus reivindicaciones, los campesinos tomaron—hace ya dos años—la decisión de no dirigirse

más á la autoridad administrativa ni á la justicia del Czar. Ningún proceso ha tenido lugar desde entonces ante los tribunales ni ante los jueces de paz; los campesinos mismos administran la justicia y—cosa digna de notar—ningún crimen digno de mención se ha cometido. Hasta el robo, que los campesinos castigan solamente con el boicote al ladrón, ha desaparecido por completo.

La población, compuesta de cristianos y musulmanes, viviendo en acuerdo perfecto, había decidido por unanimidad arreglar ella misma las relaciones con los propietarios de las tierras, así como con el clero y los mercaderes que hacen el comercio en su provincia. Todo prometía marchar bien, los arreglos propuestos estaban ya aceptados en gran parte, cuando las autoridades rusas, prosiguiendo su política de opresión y rusificación forzada, hicieron invadir las aldeas por los cosacos y la policía montada. La población, admirablemente unida, resistió durante meses. Las bibliotecas fueron cerradas, las reuniones dispersadas, los mejores de entre los campesinos arrestados, maltratados y deportados.

Se hizo una información oficial. El comisario general convocó á los delegados de cada aldea para oír sus quejas. Cosa notable: entre los delegados se hallaban también mujeres; este hecho excepcional debe atribuirse al grado de desarrollo intelectual alcanzado por los campesinos georgianos y el papel que han representado las mujeres en la historia de su país.

Los habitantes de la provincia de Batoum, de Poti y de Osourguetti expusieron unánimemente que habían dejado de pagar los impuestos al Estado y los censos y anualidades de redención á los propietarios, porque estaban completamente arruinados y la mayoría entre ellos no poseía ni siquiera un cuarto de hectárea de tierra, mientras que cada uno estaba obligado á pagar al Estado, tanto en impuestos directos como en indirectos, de 75 á 100 francos por año; que los propietarios pedían por arrendamiento de las tierras en muchos casos tres cuartas partes de la cosecha y nunca menos de la mitad; que los abusos de la administración y del clero, unidos á todo eso, les hacían la vida insostenible. Llegados al extremo, decidieron no recurrir más ni á la administración ni á los tribunales del gobierno.

Como ya hemos dicho, el movimiento inaugurado en Gonria se propagó en algunos meses por toda la Georgia. En todas las clases de la sociedad se adhirieron á las reivindicaciones de los campesinos. En muchos lugares los nobles mismos, sobre todo los pobres, cuyo número es bastante grande, se pusieron del lado de los campesinos. El clero y los comerciantes comienzan igualmente á hacer causa comun con aquellos.

(1) Véase el número 204.

Un hecho característico, relatado por un periódico de Tiflis, demuestra la unanimidad de sentimiento del pueblo georgiano.

«Cinco aldeas del distrito de Osourgueti decidieron reparar los caminos de sus comunas; todos los habitantes fueron invitados a tomar parte como voluntarios en ese trabajo, y un hermoso día se vió a los nobles, los clérigos, los negociantes, los maestros de escuela, todos armados de azadones, carretas y carretillas, cantando y riendo, ir a trabajar como buenos camaradas con los campesinos.»

TCHERKESOFF

## La violencia

Esperad, más bien echados que sentados, proletarios del mundo; esperad todos los desposeídos, los miserables; esperad, los que lucháis por emanciparos, ansiosos de bienestar, de goces, de instrucción y de amor. No os predicaremos, no, el odio; que harto lo provoca la bárbara división social impuesta por la codicia de unos y soportada por la cobardía de otros; no os predicaremos ideas de rencor, que bastantes rencores llevamos almacenados en el fondo de nuestro organismo, diluidos en la sangre que corre por nuestras venas merced a siglos y siglos de crueles martirios, de inhumanas torturas. A ser posible extinguiríamos en todos los hombres hasta el último residuo de esa herencia bestial, de esa herencia de crímenes interminables. Redimíais, sí, por el amor de vosotros mismos y por el amor de los otros; emancipaos cuanto podáis de la herencia maldita; haceos buenos, nobles, generosos y justos por vosotros mismos, por vuestro propio respeto y por la humanidad que viene. Limpiad la basura hereditaria; despojaos, por las más puras prácticas de la afectividad y más altas de la inteligencia, de los últimos residuos de la animalidad primitiva; pero cuando queráis amar, amar a todos los humanos con amor inextinguible, se levantará ante vosotros una valla insuperable: la valla de la desigualdad que os hace esclavos, de la miseria que os embrutece, de la ignorancia que os atrofia. Y entonces se os aparecerán los espectros del mal con sus burlas y sus sarcasmos provocadores; se os aparecerá el gobernante que dispone de vidas y haciendas, el capitalista que estruja sin piedad vuestros huesos, el juez que decreta a sangre fría vuestro suplicio ó vuestra muerte, el polizonte ó el soldado que amenaza con su espada y con su fusil, el comerciante que os roba y el curial que os enreda para mejor entrar a saco en el peculio ajeno; y todos juntos, como jauría de lobos se lanzarán sobre vosotros y a furiosos dentellones os arrancarán la última ilusión, la postrera esperanza de emanciparos por el amor. Y entonces también caeréis en la cuenta de que es fatalmente necesario para emancipar al mundo, la acción perseverante y continua de todas vuestras facultades, de todos vuestros sentidos, de todas vuestras fuerzas, dirigida a vencer y sojuzgar la maldad social, destruyendo definitivamente cualquier forma de expoliación, de esclavitud, de subordinación y de desigualdad subsistentes; caeréis en la cuenta de que al final de esa acción perseverante, tenaz y porfiada, habréis de apelar a la fuerza porque la fuerza sometidos os tiene y porque frente a vuestra constante acción emancipadora se alzaría arrogante la acción poderosísima de los derechos adquiridos, de los privilegios tradicionales, de las monstruosas desigualdades que hacen imposible actualmente todo acuerdo y toda hermandad entre los hombres. Por doloroso que os sea, por mucho que os repugne la violencia, por terribles que os parezcan sus consecuencias, comprenderéis y aceptaréis la fatal necesidad de una revolución profundísima que

cambie radicalmente los fundamentos anacrónicos del mundo social, revolución que, por el establecimiento de una nueva y libre comunidad, permita el desenvolvimiento armónico de los individuos y de los pueblos.

Si así lo entendiérais, levantaos prontamente y poned manos a la obra, que el tiempo apremia; juntaos en falanje poderosa los oprimidos, y por el amor de vosotros mismos y por el amor de los demás no os durmáis en la contemplación del ideal de Justicia, que la acción es el verbo de la Revolución social que se avecina.

R. M.

## Un crimen

Pedro Leblanc era un tipo singular. Sus facciones enérgicas, su mirada marcial, sus cabellos canosos, levantándose derechos como los de un cepillo sobre su ancha frente, su aire decidido, todo revelaba en él al antiguo militar.

Dotado de esa verbosidad cáustica propia de sus compatriotas (Leblanc era francés), tenía el don de suspender de sus palabras a sus oyentes cuando recitaba sus aventuras. Escapadas de muchacho, proezas de cazador, historias de amor, todo le era familiar. Sin embargo, yo había notado que siempre rehuía hablarnos de su vida de soldado y sobre todo de la guerra del 70, en la que sin duda debió desplegar su valor.

Yo quería conocer la clave de aquel enigma.

Una tarde, al terminar una aventura cien veces repetida, pero que siempre nos gustaba escuchar, me atreví a decirle a quemarropa:

—Pero, señor Leblanc, nunca nos habla usted de la guerra del setenta. ¡Y usted debe haber estado en ella! ¡Vamos, cuéntenos sus hazañas, señor Leblanc!

—Pareció que yo había expresado el deseo de todos, porque con vigorosos movimientos de cabeza apoyaron todos mi petición.

Pedro Leblanc me dirigió con sus grandes ojos grises una de esas miradas que llegan al alma, pasó sus dedos callosos por los párpados como para borrar una visión; pero pronto adquirió su tranquilidad habitual y con acento decidido me dijo:

—¡Vaya, no, hijo! Por esta tarde ya es bastante.

Es de suponer que esta contestación no satisfizo ni a mis camaradas ni a mí, todos muchachos de doce a quince años, porque insistimos; unos le tiraban de los faldones del gabán, otros le acariciaban, le tiraban del bigote ó se interponían entre la puerta y él; pronto los papás se pusieron de nuestra parte. Pedro debió cambiar de parecer, se sentó, quitándose la pipa de la boca, cosa que nunca hacía, y en medio de un silencio profundo, comenzó:

—Hace ya quince años. Entonces era estudiante de la Sorbona y estalló la guerra. Sedan, Bazeilles, la traición de Bazaine, la capitulación de Metz, todas estas tristes noticias llegaron a París y llenaron de desolación nuestros corazones. Presa de ese vértigo que produce la idea de la patria amenazada, y con la fogosidad de mi entusiasta juventud, partí y me alisté en el 12.º de cazadores de a pie. Por la noche cuando cansado por las marchas y contramarchas, reposaba sobre mi mochila, me veía en sueños en medio de una acción despreciando la muerte, arrancando la bandera de manos del enemigo, y otras mil locuras, fruto de una educación y unas lecturas propicias a ello. Ardía en deseos de ver a los prusianos y de alojarles en el cuerpo algunas balas. Mis votos no tardaron en verse atendidos. Una fría mañana de Noviembre sentimos por la parte Norte un ruido semejante al trueno. ¡Temblaba la tierra! Era el cañón enemigo. En seguida el clarín hizo oír sus estridentes notas y nuestro batallón se puso en marcha. Avanzamos hacia un matorral

que se destacaba a lo lejos, en el sombrío paisaje. Los árboles elevaban sus desnudos brazos al cielo plomizo, mientras que una espesa capa dorada de hojas muertas yacía en el suelo. Llegados al bosque, nuestro capitán nos mandó desparramarnos y abrir el fuego a la menor aparición extraña. Marché durante un cuarto de hora, apartando con el fusil la maleza que me desgarraba el uniforme, cuando de repente, en un claro, sentí un ruido. Levanté la mirada y me sobresalté al ver a diez pasos de mí a un prusiano. No me cabía duda: su uniforme sencillo, en el que se destacaba el cuello y los puños rojos, su casco puntiagudo, en el que aparecía el águila de Prusia, me decían bastante. Parecía no haberme visto, porque continuaba paseando lentamente, con el fusil a la espalda, y silbando alguna canción alemana. Era un centinela.

En menos tiempo que se cuenta apunté mi fusil é hice fuego. Ví al pobre hombre girar sobre sí y después caer como una masa, mientras que su casco dió tres rebotes en tierra.

Deciros lo que experimenté entonces me es imposible. Espantado de lo que acababa de hacer arrojé lejos el arma que me quemaba los dedos y corrí hacia mi víctima. Era un joven y robusto teutón; su barba rubia, sus ojos (¡oh! aquellos ojos que veo todavía), sus ojos de un azul tan triste, todo en su dulce fisonomía denotaba una pacífica naturaleza que la madastra patria había arrancado a su hogar para hacer de él un asesino.

Me arrodillé junto al soldado que respiraba ansiosamente. Su capa, agujereada por el lado izquierdo, se enrojecía con aquella sangre generosa que yo había hecho derramar. En el pecho, una cinta azul, recuerdo de su novia sin duda, estaba empapada con la sangre que a cada movimiento de su débil respiración manaba de su herida. Con voz sofocada el pobre mozo murmuraba: «¡Maine Mutter! ¡Meine Gréte!» (1). Poco a poco, le abandonaron las fuerzas, sus grandes ojos azules se fijaron en mí de una manera extraña; pero no era odio, sino más bien perdón lo que expresaban; finalmente, en un espasmo de agonía, dejó caer su pálida cabeza sobre mi hombro y lanzó el último suspiro. Entonces fué cuando comprendí todo el horror del crimen que había cometido. Aquella sangre que salpicaba mi uniforme me parecía un estigma de vergüenza y de oprobio que acompañaría en lo sucesivo a mi nombre. La fresca brisa que murmuraba entre las ramas parecía decirme: «¡Asesino! ¡Asesino!»

¡Oh! Entonces ví cuanto de bárbaro hay en ese falso amor a la patria que se nos inculca en la escuela. Entonces sentí cuán infame era la conducta de los que nos conducían a la carnicería en nombre de Francia y de la libertad. Yo ví a lo lejos, extendidos en la llanura, a aquellos hijos que se había arrancado a sus madres; yo ví sus cuerpos, agujereados por las balas, servir de pasto a los cuervos. Yo entreví, en un pueblecillo, a orillas del Rhin, una muchacha de trenzas doradas esperar ansiosamente noticias del que yo acababa de matar. Ví toda la ignominia de esta guerra, de estos pueblos lanzados uno contra otro por el capricho de algún potentado; mi corazón se rebeló contra el papel infame que se me quería obligar a desempeñar y *deserté*.

Mi familia, mis amigos, me han calificado de cobarde, me han acusado de no sentir amor por mi país natal, de estar condenado a un destierro voluntario. ¡Poco me importa!

Yo bendigo este destierro que me impide matar a mis hermanos. Vivo lejos de mi madre, que quizás ya no existe, lejos de ese París que yo amo tanto. Pero al menos no tendré que reprocharme de ningún nuevo crimen. Y cuando me hablan de amor a la patria, cierro maquinalmente los ojos y veo

(1) ¡Madre mía! ¡Amada mía!

allá lejos, tendido sobre las hojas muertas, aquel pálido cadáver que me mira reprochándome mi crimen.

Aquí se detuvo Pedro para enjugarse una lágrima. No era él sólo quien lloraba.

Después, á manera de conclusión, dijo mirándonos los ojos:

—Que esto os sirva de lección, hijos míos. De aquí á algunos años se os entregará un fusil. Recordad entonces mi historia. ¡No matéis ningún hermano vuestro!

Este relato nos impresionó vivamente. Al día siguiente, el batallón que habíamos formado los muchachos fué disuelto y yo arrojé al fuego mi caja de soldados de plomo.

FRANZ FISCHER

## El egoísmo saludable

La realidad social nos acaricia brutalmente con sus crueldades. Su ironía cruel, acerada, nos hiere como un cuchillo afilado. Los grandes pesimistas han proclamado eterna, inevitable la lucha por la vida, y ha sido alegremente bendecida por el burgués prosaico, de rostro satisfecho y de miembros fatigados en los largos placeres de la carne. Y se ha llenado el ambiente de un fatalismo absurdo y enervante.

Pero un fenómeno muy hermoso y consolador se nos ofrece. En medio de esta lucha dolorosa que descolora las esperanzas y agota las energías de tantos hombres; en medio de este individualismo inmoral y absorbente que es á la vez la sombría canción de la miseria y el himno sarcástico y brutal de la riqueza, las almas grandes y nobles intensifican sus sentimientos, experimentan toda su fuerza, y brindan á los hombres sus acciones generosas. Se crean plácidamente en bondad de un egoísmo confortante y saludable que los hace más fuertes y más justos.

No queremos ejercitarnos en el juego sutil é ingenioso de las paradojas. Ponemos la claridad y la sencillez en todos nuestros pensamientos como en todos nuestros actos; sólo ellas entrarán en la vida nueva que anhelamos. Sin embargo, este amor generoso este grandioso altruismo que fortalecen los corazones de todos cuantos sufren las tiranías sociales y luchan por la justicia, tienen sus raíces en el fondo de las almas fuertes y noblemente, sanamente egoístas. En este sano egoísmo tienen las mismas almas su propia seguridad, su propio afianzamiento.

Las acciones de éstas, sus obras todas, perpetúan las vibraciones de la exaltación superiorizadora; son la extensión de unas vidas que viven y luchan ardentemente y nos envuelven, cariñosas, en su optimismo. Ellas nos invitan á prodigarnos interiormente, á gozar con sanidad nuestro egoísmo para que nuestros movimientos sean intensos y generosos; pero también nos aconsejan que desconfiemos del que renunciándose á sí mismo y viviendo sólo por fuerza, nos venga con pruritos de altruista, pues sólo puede ofrecernos un altruismo sin calor, enfermizo.

Si queremos que nuestros esfuerzos no abriguen la esterilidad, es necesario marchar por un camino cuyo punto de partida seamos nosotros mismos. Debemos procurar que el ideal guarde el recuerdo de nuestra voluntad robusta y sana. En la reciprocidad de las relaciones humanas, el hombre que se afirma ganará su independencia. Jamás los prejuicios del criterio rutinario intentarán arrastrarle en su corriente.

La resistencia que en sus altas manifestaciones ofrezca nuestro espíritu contra las grandes mentiras de la actual sociedad, será enorme si antes hemos vivido las energías del pensamiento. En la misma naturaleza de la vida exaltada, está el deseo irresistible de romper vallas y líneas con que pretenden sujetarnos y ordenarnos. Nuestro espíritu sugestionado y vibrante ensancha su visión y anhelando vivir cuanto abarca, levanta naturalmente la rebelión fecunda.

Las almas grandes y nobles cantan rebeldeamente la vida libre. Su optimismo refrigerante nos causa voluptuosos estremeci-

mientos. Demos las notas de juventud ardiente y apasionada. Levantemos el ideal. En la fruición de nuestro egoísmo hallaremos la fuerza.

CLAUDIO JÓVENES

## Dos hombres honrados

El más gordo, de sonrisa bonachona, decía á un vecino que comía á dos carrillos sin parar mientes en lo que dejaba encima de la mesa el mozo del mesón.

—Desengañese usted, amigo, el robo será siempre un crimen.

—Le supongo propietario.

—Gracias á mi constancia, á mis ahorros y á mi trabajo.

—¿Es usted industrial?

—¿Y comerciante.

—¡Ah!

—Y usted, ¿á qué negocios se dedica?

Tiene usted cara de bolsista.

—Pues no tengo cara de lo que soy; me dedico á robar.

—¿A robar?

—Como lo oye usted.

—Y lo dice con orgullo.

—Con el mismo que emplea usted para decir que es comerciante é industrial.

—Mi negocio es legítimo!

—Lo sé; casi tan legítimo como el mío, aunque no tan digno.

—¿Cómo que no tan digno!

—Naturalmente; no es tan digno porque es menos expuesto y más hipócrita. Yo robo teniendo la ley en contra y usted roba al amparo de la ley misma. No da el peso cuando vende, no paga la medida cuando compra, no repara en envenenar á su clientela vendiendo...

—Es un contrato libremente estipulado.

—¡Sí, sí! Pero al hacer el pacto se habla de cierta calidad, de cierta medida y de cierto precio...

—Es que...

—Déjeme usted hablar y lo hará usted después hasta el día del juicio.

—No puedo oír tales disparates.

—Comiendo tranquilo estaba cuando usted me interrogó. Yo soy más franco que usted y llamo robo á mi negocio... Respetto de la industria, no me negará usted que emplea artículos malos para venderlos como buenos, y que da á sus operarios el cinco por ciento de lo que producen.

—Buena la haríamos los comerciantes si vendiésemos al precio que compramos, y no la haríamos mejor los industriales si las primeras materias nos costasen el dinero que sacamos de la producción.

—Harían ustedes un mal negocio, como lo hago yo el día que vuelvo á casa con los bolsillos vacíos.

—Es que yo trabajo.

—Lo mismo digo, y más personalmente que usted, puesto que usted...

—¡No señor! Usted roba.

—Según á qué llame usted robar.

—Roba el que se apodera violentamente de lo que no es suyo.

¡Ah, vamos! Por manera que el ladrón se diferencia del comerciante en que éste roba pacíficamente. No me negará usted en este caso que el segundo es una decadencia del primero. Ustedes son los ejércitos de mercenarios sin valor para robar á mano airada. Han legalizado la falsificación y el escamoteo. Mejor diría si dijera que han pervertido el arte de robar, y que por antiestéticos, si no por otra cosa, merecerían ir á la cárcel.

\*\*

El ladrón y el comerciante se levantaron de la mesa sin saludarse siquiera. Al año, el uno se encontraba en presidio, fuera de la ley por haber robado una cartera, y el otro hacía leyes en el Parlamento, porque, habiendo jugado á la baja en combinación con el ministro de Estado, ganó muchos millones y pudo representar al país con el dinero que había quitado á numerosas familias que vivieron después en la miseria.

OCTAVIO MIRBEAU

## Enseñanzas antialcohólicas

### El alcohol y las enfermedades

Hemos estudiado ya las enfermedades producidas directamente por el alcohol. Conviene mostrar ahora que, al disminuir la vitalidad de nuestros órganos, el alcohol disminuye por ello mismo su resistencia á las influencias peligrosas, y se hace, por así decirlo, el *introducción de enfermedades*.

Hay dos clases de alcohólicos. Uno es el alcohólico inveterado y repugnante, á menudo peligroso, y cuyos hechos y gestos nos relatan los periódicos.

El otro es el alcohólico «decente», que se encuentra con gran frecuencia. No se ha emborrachado nunca, se cree sobrio, y se escandalizaría de saber que merece el epíteto de alcohólico. Sin embargo, el consumo cotidiano de una ó dos copitas y de otros tantos aperitivos ha alterado profundamente todos sus órganos. *Se hallan estos envejecidos antes de la edad; y él es un viejo prematuro.* Se figura en excelente estado de salud, pues el alcohol le ha dado un rostro colorado, y cierta gordura. Así que no pide más que continuar un régimen que parece sentarle tan bien, y halaga su gula.

Pero un día contrae una enfermedad de poca importancia, una bronquitis, un grippe, por ejemplo. Tratándose de persona sana el mal evolucionaría por sí mismo hasta su curación. Pero en el alcohólico es muy de temer toda suerte de complicaciones. Es el tipo del «mal enfermo» con el cual nunca está tranquilo el médico. Muy á menudo la enfermedad triunfa en pocos días, con gran sorpresa de los amigos, que no comprenden cómo un hombre tan fuerte haya podido acabarse tan pronto.

Si existe en la región una epidemia, el alcohólico tiene serias probabilidades de contraer la enfermedad reinante. La naturaleza, cierto es, ha dado á nuestros órganos medios de defensa contra los ataques de los millones y millones de pequeños seres llamados microbios, causa de las afecciones contagiosas, pero á condición de que estos órganos se hallen sanos y en buen estado.

Hemos visto ya qué estragos opera la tuberculosis ó tisis entre los alcohólicos. Se ha comprobado que son igualmente muy atacados durante epidemias como el cólera, y que sucumben frecuentemente si contraen la fiebre tifoidea.

El alcohólico, á más de ser mal enfermo, es mal herido. Soporta difícilmente las operaciones quirúrgicas. En él los tejidos se reforman con una lentitud desesperante: una desolladura, la más ligera pupa tardan un tiempo considerable en cicatrizarse.

### El alcohol, ¿es un aperitivo ó un digestivo?

A «la hora del aperitivo» el estómago se halla vacío. ¿Recordáis los efectos desastrosos del alcohol sobre este órgano? Pues son mucho más funestos todavía cuando no hay nada en el estómago. Y así los que se habitan al aperitivo pierden á la larga todo apetito. Arruinan de día en día un órgano ya muy fatigado.

Frecuentemente el individuo que bebe aperitivos, bebe asimismo *licores digestivos*. Y como la pared interior del estómago se hace cada vez más incapaz de asegurar una buena digestión, se varía los licores digestivos como se varía los aperitivos. Se los escoge más y más ricos en alcohol, y se llega á los elixires, donde la proporción alcohólica es muy fuerte.

### Biblioteca de

#### «El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—Consideraciones generales según el criterio libertario, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—Conferencia sociológica, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**—por Eliseo Reclus; 15 céntimos.

## De los "complots"

Decíamos en nuestro número anterior que la policía al darse cuenta de que Alejandro Farrás, al que había presentado como autor del atentado de París, había muerto, resolvió cambiarle el nombre diciendo que se llamaba Alejandro Fabra, y añadíamos como comentario que «antes de dar á la publicidad la nueva pista, la policía se habrá asegurado de que existe en el mundo de los vivos alguno á quien venga bien este nombre, porque de lo contrario sería *el acabóse*.»

Pues bien; ahora resulta que el tal Fabra, cuya nombre y señas personales dió la policía no ha muerto porque no podía morir, por la sencilla razón de que no ha existido nunca más que en la torpe mollera de la policía francesa, que echó mano de este recurso para salvarse del ridículo en que había caído al divulgarse la noticia de haber muerto Farrás mucho tiempo antes de que explotara la bomba de París.

Mas la policía no se apura tan fácilmente y el último recurso adoptado es el decirnos que el presuntó autor del atentado no era Farrás ni Fabra, sino un tal Ariño ó Aviñón (los telegramas de la prensa no están muy acordes en el apellido) que usaba los documentos de Farrás.

Pero ahora viene lo mejor de este galimatías policiaco: la familia de Farrás, que vive en Barcelona, conserva bien guardadita toda la documentación de aquél; de manera que la última versión de la policía francesa ha sido una *plancha* más que ha acabado de ponerla en ridículo, confirmando aquellas célebres frases que pronunció Maura en cierta ocasión solemne: *La policía no sirve para nada*.

Para nada que sea útil, añadimos nosotros, que lo que es para molestar á la gente haciendo detenciones sin ton ni son ó sólo porque se llaman anarquistas, vaya si sirve.

Esperamos ahora á ver cuál será la última bola que nos endilgarán los policías de París, y á ver si hay alguien con un poco de criterio que tenga todavía bastantes tragaderas para tomar en serio los descubrimientos de la policía.

Entre tanto siguen presos en París varios compañeros sin que se precise contra ellos ningún cargo.

\*\*\*

La prensa de Barcelona y Madrid sigue dándonos toda clase de noticias, disparatadas y absurdas, contradiciéndose entre sí, respecto al *complot* de Barcelona.

Lo que nosotros creemos es que no se sabe nada cierto y que hasta ahora no se ha comprobado en serio ninguno de los cargos que se hacen contra los detenidos.

Lo que sí hay es que se ha cambiado al juez Sr. Moreno, que entendía en el asunto, no sabemos por qué motivo, si bien se hizo notar en algún periódico que se había dado la rara casualidad de que en todos los *complots* que ha descubierto la policía en estos últimos tiempos, siempre al descubrirse, estaba de turno dicho Sr. Moreno.

Aguardemos á que se haga luz sobre este *complot*, mientras siguen los presos *divirtiéndose* en las celdas de la Modelo ó en los calabozos del Gobierno Civil.

## ECOS Y COMENTARIOS

Por causas ajenas á nuestra voluntad no podemos servir por ahora, como habíamos anunciado, los pedidos del folleto de nuestra compañera Teresa Claramunt titulado **LA MUJER**.

Confiamos poder hacerlo en breve.

Según noticias que tenemos, hace algunos días que fué despedido de los talleres de la Sociedad Anglo-Española, un obrero, dándose como pretexto para el despido el haber faltado unos pocos días al trabajo, no sirviendo para nada la excusa presentada por el trabajador despedido de que tenía enferma á su compañera.

El verdadero motivo del despido es fácil de adivinar sabiendo que el obrero en cuestión es de los que no sufren imposiciones y se había negado siempre á trabajar á destajo, nueva forma de trabajo que parece se trata de establecer y generalizar en los talleres de la Anglo-Española.

El despido lo hizo el encargado de la fundición, asumiendo él solo la responsabilidad y negándose á dar explicaciones.

Dicho encargado tiene establecida en esta ciudad una tienda de comestibles.

Lo recomendamos á los trabajadores conscientes.

Nuestros amigos de Ciudadela nos piden que publiquemos los gastos de la velada celebrada á favor de los obreros presos en la cárcel de esta ciudad, ya que al dar cuenta de ella en el número 204 de este periódico sólo publicamos el beneficio líquido.

El total de ingresos fué de 35 pesetas y los gastos fueron: 7'50 pesetas al Conserje del local por arreglo y limpieza del salón-teatro y 50 céntimos al que repartió los programas; resultando por lo tanto 27 pesetas de beneficio líquido.

Quedan complacidos dichos compañeros.

El día 15 del próximo Julio aparecerá el primer número de una revista de crítica social y letras titulada *Buena Semilla*, que editarán algunos compañeros nuestros de Barcelona.

Se publicará los días 15 y último de cada mes, al precio de 10 céntimos el ejemplar y de 2 pesetas el paquete de 30 ejemplares.

Toda la correspondencia y giros al administrador de *Buena Semilla*, calle Mariana de Pineda, 5, entresuelo 2.<sup>a</sup>—Barcelona-Gracia.

## PAPEL IMPRESO

*Historia política de los Papas*, por Lanfrey; obra traducida y continuada hasta Pío X, por don José Ferrándiz, presbítero; un tomo en 4.<sup>o</sup>, de 380 páginas, 3 pesetas.

Este es otro de los libros que ha puesto á la venta la infatigable Casa Editorial F. Sempere y Comp.<sup>a</sup>, de Valencia. En esta obra se analiza minuciosamente la vida del Pontificado en sus eternas y trascendentales luchas; primero, por ejercer el dominio absoluto, religioso y civil; después, por sostener su supremacía.

La obra de Lanfrey, escrita en brillante estilo, pertenece al orden de los libros escritos con una alta finalidad histórica. Sus hermosas páginas son producto de una vastísima erudición y de un profundo conocimiento de la materia presentada sin aridez y en forma agradable y sugestiva.

*Alma Social*. Diálogo original de M. Rey. Publicado por la Sociedad de Autores Españoles. Precio del ejemplar, 1 peseta. Los pedidos á J. Vives. Llovera, 46.—Reus.

*Dios, ¿qué és?* Folleto de 16 páginas original de Ramón Claramunt Mesa. Forma el 1.<sup>er</sup> volumen de la Biblioteca de *Germinal*, de la Coruña. Se reparte gratis.

\*\*\*

*Los siete pecados capitales*, de Eugenio Sue, editada por D. Luis Tasso, de Barcelona. Se publica por cuadernos de 32 páginas y una hermosa lámina, al precio de 15 céntimos el cuaderno. Recibidos los cuadernos 32 y 33.

El número de *La Revista Blanca* correspondiente al 1.<sup>o</sup> del actual, publica el siguiente sumario:

*La literatura en España*, Federico Urales.—*Nacionalistas-anarquistas*, Salvador Gilbert.—*Recuerdo histórico-doctrinal*, Anselmo Lorenzo.—*Manantial de belleza eterna*, Angel Cunillera.—*La Reacción en 1790 y 1791*, Pedro Kropotkin.—*Crónica científica*, Tarrida del Mármol.—*Evolución super-orgánica*, Enrique Lloria.—*La quincena política, intelectual y obrera*, Augusto Recio.—*El Derecho del padre* (drama), Enrique Fischer.—*La inquisición en las cárceles de España*, La Redacción.—*Bibliografía*, Rosendo del Pinar.

El número de *Natura* correspondiente al 15 del actual, publica el sumario siguiente:

*Los factores de la educación social*, por Clemencia Jacquinet.—*El individuo como único valor real*, por J. Comas Costa.—*Las falsas consecuencias morales y sociales del darwinismo*, por A. Fornillée.—*Privilegios de los propietarios*, por G. Eugenio Simón.

*Suscripción para los compañeros presos en la cárcel de esta ciudad á consecuencia de las luchas obreras.*

SUMA ANTERIOR, 129'80.

MAHON

Antonio Mir Pérez, 0'10.—Juan Ferrer, 0'25.—Julio Cabello, 0'25.—Pedro Febrer, 0'25.—N. N. Libertario, 0'30.—A. M., 0'25.—M. Bernasar, 0'25.—Lorenzo Cloquells, 0'50.—J. M. Zaragoza, 0'15.—Jaime Jams, 0'30.—Lorenzo Arnau, 0'25.—Juan Fortuny, 0'25.—Antonio Marí, 0'25.—María Aragónés, 0'10.—Paco Mercadal, 0'25.—J. Mir, 1'00.—Juan Manent, 0'25.—José Ripoll, 0'20.—Pedro Bagur 0'10.—L. F., 0'25.—Cristóbal Pons, 0'15.—José Sintés, 0'25.—Antonio Coll, 0'10.—Pedro Garriga, 0'25.—Antonio Bagúr, 0'60.—Francisco Sintés, 0'20. TOTAL, 7'05.

ALAYOR

Jaime Barber, 0'20.—Pablo Servera, 0'25.—Francisco Servera, 0'25.—Juan Servera, 0'10.—Jorge Llopis, 0'20.—Bartolomé Meliá, 0'25.—Juan Garriga, 0'10.—Juan Sintés, 0'25.—Juan Morlá, 0'15.—Jaime Pons, 0'10.—Francisco Morlá, 0'10.—Uno que quiere pau, 0'20.—Un trabajador, 0'15.—Un Obrero, 0'10.—Miguel Pons, 0'10.—Un proletario, 0'10.—Uno que pide su derecho, 0'10.—Uno que no quiere ser explotado, 0'15.—José Morlá, 0'20.—Absalom Pons, 0'10.—Anselmo Servera, 0'10.—Antonio Reura, 0'10.—Un trabajador, 0'10.—Uno que va á misa, 0'10.—Juan Petrus, 0'15.—Antonio Fábregas, 0'10.—Juan Moll, 0'30.—TOTAL, 4'10.

SUMA TOTAL, 140'95.

## CORRESPONDENCIA

*Valencia*.—J. O. Recibidos sellos.—E. C. Tienes pagada suscripción hasta fin año.  
*Alayor*.—Corresponsal. Recibidas 8 pesetas, de ellas 4'10 para los presos. Conformes.  
*San Sebastián*.—D. C. El importe total es de 8'25 pesetas. Hacemos modificación.  
*Palafrugell*.—J. Q. Descontando las 4 pesetas restan á pagar 50 céntimos. Cambiamos la dirección.  
*Sama*.—M. S. Damos por recibida 1 peseta.  
*Cullera*.—J. B. Ll. Recibidas 4 pesetas.  
*Tenerife*.—«Luz y Vida». Recibidas 13'50 pesetas. Está bien. Aumentamos paquete.  
*Reus*.—J. V. Escribiremos.  
*Vilasar*.—Aumentamos. Haz liquidación como indicas.  
*Alcaralejos*.—M. M. Recibidas 2 pesetas.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero».